



## Capítulo - 66: Sólo una apuesta

"No te pedí que hicieras esto", dijo Sapphire, mientras su intención asesina se reflejaba en la piel de Viviane.

—Y no te pedí que trajeras a alguien como él, y sin embargo, aquí estás, ¿no? —replicó Viviane, tan irritada como Zafiro.

"No tienes derecho a esto." La mirada de Zafiro parecía consumirla. Por un instante, la Dama del Lago se sobresaltó, pero su aura eclipsó rápidamente la de Zafiro por un segundo.

"Eres fuerte, lo entiendo, pero ambas sabemos muy bien quién tiene el control de la situación aquí", dijo Viviane, mirando a Sapphire con una mirada tan posesiva como la de ella.

—¡Maldita sea! —dijo Zafiro con desdén—. Más le vale que lo consiga —comentó, con un tono igual de irritado—. Sabemos que no traerías a alguien que no pudiera —respondió, con la misma frustración que Viviane.

Todavía...

"¿Por qué?" preguntó Viviane, rompiendo bruscamente la tensión.





—No importa —respondió Zafiro—. Se casó con mi hija. —Contestó, y Viviane abrió los ojos de par en par, sorprendida.

"¿Q-Qué? ¿Katharina?", balbuceó, pero Zafiro permaneció en silencio... sin decir nada más.

Pero como dice el dicho... El silencio habla más que las palabras.

"K-Katharina..." repitió Viviane, como si la repetición la ayudara a comprender mejor. "¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Cómo... cómo pasó esto?"

Zafiro no respondió de inmediato. En cambio, apartó la mirada, visiblemente incómoda con el interrogatorio. La furia que antes emanaba de ella había dado paso a algo más complejo, una mezcla de protección y arrepentimiento.



—No te debo explicaciones —respondió finalmente Zafiro, cruzándose de brazos y adoptando una postura defensiva—. Lo que importa es que lo consiga.

Viviane dio un paso al frente, aún asimilando la gravedad de la situación. "¿Así que lo trajiste aquí para...?"

—Sobrevivir —la interrumpió Zafiro bruscamente—. O morir en el intento.



—Lo estás arriesgando todo por alguien que... —Viviane dudó, buscando las palabras adecuadas—. ¡Alguien de quien ni siquiera estás segura de que pueda cumplir su función!

—Nunca dudé de él —replicó Zafiro con una frialdad mordaz—. Y Katharina tampoco.

La mención de su hija flotaba en el aire entre ellas, infundiendo una nueva capa de emoción en Viviane. Había una historia allí, una historia que ella desconocía, y Zafiro se resistía a revelarla. Pero la Dama del Lago no podía ignorar las señales: había algo más en juego que el juicio que el hombre debía enfrentar.

"¿Ella... se unió a él?", preguntó finalmente Viviane, y Zafiro...

"Sí."

Viviane guardó silencio, asimilando la respuesta de Zafiro. Sus ojos parpadearon un instante, como si intentara reorganizar las piezas de un rompecabezas que no sabía que estaba armando. El vínculo entre Katharina y él... Esto lo cambió todo.

—Esto es... peligroso, Zafiro —susurró Viviane con un dejo de preocupación en la voz—. Sabes lo que significa que alguien como Katharina se una a nosotros.

"Lo sé, pero ella no. Y yo no estaba allí cuando ocurrió", respondió Sapphire con firmeza. "Fue su decisión, no la mía".





Viviane se pasó una mano por el pelo, con el rostro lleno de preocupación. «El vínculo los une de una forma que ni siquiera tú puedes deshacer. Si él falla... podría matarla».

"¿Crees que no lo sé?" La voz de Zafiro se volvió más aguda, revelando la vulnerabilidad que intentaba ocultar. "¿Crees que lo habría traído aquí sin saber lo que está en juego?"

—Si lo sabes, ¿por qué te arriesgas? —replicó Viviane, con la mirada penetrante, buscando una respuesta que la satisficiera—. Si él muere, Katharina muere.

Zafiro apartó la mirada de nuevo, endureciéndose como una máscara. «Porque no hay otra opción. Debe pasar esto... o nada más importará. Después de todo... no tengo forma de ayudar contra ese hombre».



Viviane suspiró, sabiendo que seguir discutiendo sería inútil. Zafiro estaba decidida y nada la haría cambiar de opinión.

—Solo... recuerda lo que arriesgas —dijo Viviane, suavizando el tono—. No solo a él... sino también a ella.

Zafiro apretó los puños; la frustración y la preocupación eran evidentes en cada fibra de su ser. "Nunca lo olvido", murmuró. "Nunca."



—Entonces deja de actuar como si fuera solo una apuesta —replicó Viviane, y los ojos de Sapphire se volvieron hacia ella, emitiendo una presión asesina que comenzó a drenar parte de su vitalidad.

—Z-Zafiro —balbuceó Viviane, pero Zafiro no se detuvo. El instinto asesino se intensificó, y la atmósfera se volvió tan aterradora que Viviane cayó de rodillas, jadeando.

—Si crees que estoy jugando con la vida de mi hija, entonces juguemos con la tuya. —Los ojos de Zafiro, llenos de odio, la miraron fijamente.

—Si sobrevive, serás un sirviente leal. Pero si muere y mi hija se va con él, borraré todo este mundo demoníaco —dijo Zafiro, completamente irracional.



¿Era siquiera una apuesta arriesgada? ¿Qué quería realmente?  
¿Un sirviente personal para él?

—E-Esto ni siquiera es una apuesta... —¿Quieres morir? —interrumpió Zafiro, y el cuerpo de Viviane comenzó a disolverse en agua pura. Ya no podía mantener su forma física. —N-no... —intentó decir Viviane mientras la cueva se transformaba en lo que parecía la esencia misma del infierno. El agua perdió su tono azul, reemplazada por energía demoníaca que llenó el entorno, tiñéndose de un intenso rojo sangre.



—Entonces quédate callado y haz lo que te digo antes de que te envíe de vuelta al reino de los muertos. He terminado con tus juegos —dijo Zafiro con una voz fría como el hielo.

—Toleré tu insubordinación porque te necesito ahora, pero si él muere, solo tardarás unos segundos en convertirte en polvo. —Las palabras de Zafiro hicieron que Viviane volviera a obedecer.

...

Ubicación: Desconocida.

"Ser Herrero Espiritual me cansa, ¿sabes? Tómallo ya." Le entregó algo... algo que le sonaba de alguna manera... Era un Uchigatana.



Una Uchigatana única, prácticamente nueva. La empuñadura presentaba el tradicional envoltorio dorado con adornos negros, y la guarda era octogonal. La hoja presentaba intrincados diseños, entre los que destacaba un relieve de dragón en el borde de la empuñadura y una guarda de bronce adornada con motivos de dragones.

Sostenía la Uchigatana con ambas manos, sintiendo el peso equilibrado de la hoja. El acero emitía un leve pulso, como si la espada tuviera vida propia. El brillo dorado del envoltorio de la empuñadura contrastaba con la oscuridad que lo rodeaba, y el grabado del dragón parecía casi moverse bajo sus dedos.



"Corta todo lo que veas hasta que seas libre", había dicho Viviane antes de desaparecer, dejándolo solo.

El entorno era un profundo vacío, sin horizonte ni fondo visibles, pero sabía que no era una simple ilusión. El lugar se sentía vivo, lleno de intenciones ocultas, como si algo lo estuviera observando. Una presencia opresiva en el aire lo impulsó a actuar con rapidez.

Miró la Uchigatana; su hoja reflejaba fragmentos distorsionados de la oscuridad circundante. Dudó un instante. «Corta todo lo que veas»; eso podía significar cualquier cosa. Pero la espada parecía susurrarle, instándolo a actuar.

Levantó la espada y la blandió hacia el vacío que tenía delante. Para su sorpresa, la espada encontró resistencia, como si cortara algo invisible, y un destello de luz iluminó brevemente el lugar donde la hoja había golpeado el aire. El corte abrió una grieta en la oscuridad, revelando... más oscuridad, pero con una diferencia: había algo más allá, un movimiento sutil.

Sin dudarlo, volvió a asestar, y luego otra vez, cada vez más rápido. Con cada golpe, la oscuridad parecía retirarse, desintegrándose en pedazos de sombra que se disolvieron en la nada. El Uchigatana brillaba con más intensidad con cada corte, respondiendo a su voluntad, impulsándolo a liberarse del limbo.

De repente, oyó un sonido. Algo se movía en las profundidades del abismo. Una criatura, o varias, se acercaban; seres nacidos de ese vacío, y no parecían amigables.







"Nos mataste..." susurraron, con voces que recordaban inquietantemente a las de sus esposas. "Cállate", dijo Vergil de inmediato, alzando la espada.

"Así que eso es... Eres mis miedos... Fufufufu... Eres tan feo... ¿Estás seguro de que eres mío?"

Con el Uchigatana en la mano, dio un paso adelante, con la mirada resuelta, listo para destruir estas manifestaciones. «Solo son ecos vacíos de viejas inseguridades, y ya no me pertenecen».

Las criaturas dudaron, como si sus palabras hubieran impactado de alguna manera su propia existencia. Siguieron murmurando, sus voces se fundieron, pero sus formas se volvieron más débiles, más difusas.



Vergil levantó la espada y sonrió cruelmente. «Silenciarte será mi mayor placer».

Avanzó con una velocidad impresionante, con el Uchigatana cortando el aire con precisión letal. El primer golpe atravesó una de las sombras, y la criatura se disolvió en una niebla oscura. Los demás intentaron rodearlo, pero Vergil era implacable: cada golpe de su espada rasgaba la oscuridad como si fuera una tela frágil.





Las voces intentaron gritar de nuevo, pero él no les hizo caso. Su furia y determinación crecían con cada golpe. No estaba allí para que lo atormentaran los miedos; estaba allí para destruirlos.

"¡No eres nada!", gritó, y la espada brilló al atravesar la última sombra. La opresiva oscuridad comenzó a disiparse, y una nueva claridad llenó el ambiente.

"Yo... mataré a cualquiera que se atreva a tocar a mis esposas..." murmuró, antes de desatar un ataque masivo. Barrió el reino abisal, dejando solo... un mundo blanco y tranquilo.

